

Sucedió mañana

LOS CHIBIRIS

POZUELO

PROBABLEMENTE el día no había sido tan maravilloso como lo recordaba. Tal vez el olor de tortilla, de aceite de sardinas en conserva, de sudor de miles de personas, prevalecía sobre el de las primeras lilas de la Casa de Campo: pero en la memoria estaban las lilas, y el cielo limpio. Probablemente, sí, tenía razón su padre al que había arrastrado a celebrar el Primero de Mayo: «Por mucho que nos empeñemos, nunca seremos pueblo; tu madre se asusta, tu novia también». Habían abierto la Casa de Campo al pueblo; para los temores burgueses, cantaba demasiado, era demasiado grosero, bebía mucho. Los iban a llamar «los chibiris», por el estribillo de su canción.

El profesor se levanta trabajosamente, busca entre sus libros, encuentra «Cuando los *chibiris* nos mataron a un camarada, nos reunimos en la calle Marqués de Riscal los que éramos entonces un grupo: José Antonio, Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma Ramos, Mateos —un obrero que había estado con nosotros—, Merry del Val... Sorteamos con una pistola que se puso sobre la mesa, y al que le tocara tenía que coger esa pistola, salir a la calle y, al primer *chibiri* que encontrara, matarlo»: es un escrito de Giménez Caballero. El primer *chibiri* era una muchacha de veinte años y se llamaba Juanita Rico. Una modistilla. Qué claro, todo, en el recuerdo: la esquina de la calle de Eloy Gonzalo con Cardenal Cisneros: casi está igual que entonces.

—Profesor... —entra la hija tardía de un amor tardío, y ya acabado. Le llama siempre profesor. Quizá no le guste llamar padre a un anciano.

—¿Tú sabes lo que es un *chibiri*?

—No, profesor...

—No lo busques en los diccionarios, no está. Podríamos redactar una paqueta para la Academia y mandársela a Lázaro Carreter. «*Chibiri*: aplicábase a la República a los jóvenes de la izquierda que cantaban una canción con coplas alusivas a los reaccionarios, cuyo estribillo utilizaba como apoya-

tura la palabra *chibiri-chibiri-chou* —probablemente sin significado ninguno. Producían tanto odio que se les mataba sin discriminación. Cfr. Giménez Caballero, citado por Eduardo de Guzmán en «La segunda República fue así». Podríamos citar otras autoridades...»

Busca otro libro el profesor. Antonio Zozaya —noble patriarca republicano, escritor de «Viejas disertaciones», de folletines de la consolación socialista, como «Miopita». No cita a los *chibiris* por este nombre, pero habla de las gentes del pueblo que bajaban los domingos a los montes del Pardo, a la Casa de Campo: «rebaños de inmorales y desnudistas que ensucian las aguas del Manzanares...» Rie el profesor:

—Habla sobre todo, de los anarquistas, de los jóvenes libertarios: eran vegetarianos, naturistas y partidarios del amor libre... Mira, mira, aquí habla de ellos Gregorio Gallego, en «Madrid, corazón que se desangra», y dice que los socialistas y los comunistas les llamaban «el rebaño confederal» y que si se reunían en la Casa de Campo era porque tenían los centros clausurados... Mala, mala prensa tuvimos los *chibiris*...

—No puedo creer que tú...

—Una sola vez, hija mía, y arrastré a tus abuelos y a una novia que tenía yo entonces y que era más joven de lo que tú eres ahora... Era un Primero de Mayo, como hoy. Pero la multitud era inmensa. Nosotros estábamos un poco sobrecogidos. Eramos republicanos de los buenos barrios, republicanos con Universidad y casa propia... Pero todavía tengo el aroma de las lilas recién abiertas...

La muchacha sonríe. Es demasiado joven, demasiado tardía. No querría ver a su padre tan entregado a los recuerdos. Un padre viejo duele. Parece siempre como que desvaría, aunque esté perfectamente lúcido. Y es que, piensa ella, todo tiempo pasado fue un desvarío. Mientras el padre sigue las huellas lejanas de los *chibiris* en los anaqueles, ella va pensando en el desvarío que supondrá este tiempo cuando sea contado. Esta locura, esta

irracionalidad. Pero ¿la contará ella a un hijo, a una hija tardía, en otro tiempo de locura? ¿Qué obispos habrá entonces, qué discusiones sobre el divorcio, qué terrorismo, qué golpistas? Cómo contar a Fraga y sus tirantes y sus vuelcos de calculada pasión, cómo explicar las Parabellum del 9 largo, o el piano blanco del presidente Calvo Sotelo, o los bigotes de Tejero entiestos ante el Congreso? ¿Seguirán matando a Juanita Rico en una esquina madrileña, por cantar su *chibiri*?

—Modistillas, aprendices, menestras... Son categorías que ya no existen. Casi ni las palabras: «menestral» ha desaparecido. Como «proletario». Llevaban monos de dril —los famosos «azules de Vergara»—, calzaban alpargatas. Y en esos grandes días se ponían pañuelos rojos al cuello. Yo me atreví a ponerme una cintilla roja en el ojal... Nosotros llevábamos zapatos, y hay que ver lo que era subir por la Cuesta de San Vicente arriba, después de haber estado todo el día calzados y andando...

—Pero ¿por qué les odiaban, por qué les disparaban?

—Porque eran «la turba». Y «la masa». «La masa central de la hora sublevada», decía Marañón. Lo explica en los «Ensayos liberales»: «hombres y mujeres que forman en el coro callejón por impulso atávico, sin saber por qué».

Busca el libro, pasa las hojas rápidamente, con ademán de concededor. Va leyendo frases del doctor que fue republicano:

—Mata, saquea, incendia, se olvida de los suyos y actúa, en suma, al dictado de todos los instintos primarios que había ido enterrando en el fondo de su conciencia, a través de siglos y siglos, la civilización». ¿Por qué? Porque «en realidad sirven al alma confusa del antropoide, resucitado, que forma la parte de nuestra conciencia colectiva y ancestral».

Cierra el libro de un golpe seco y brota una nube de polvo grisáceo que parece ordenarse y distribuirse en un rayo de sol que envía el Primero de Mayo de cincuenta años después.

—Me temo que tampoco entonces,

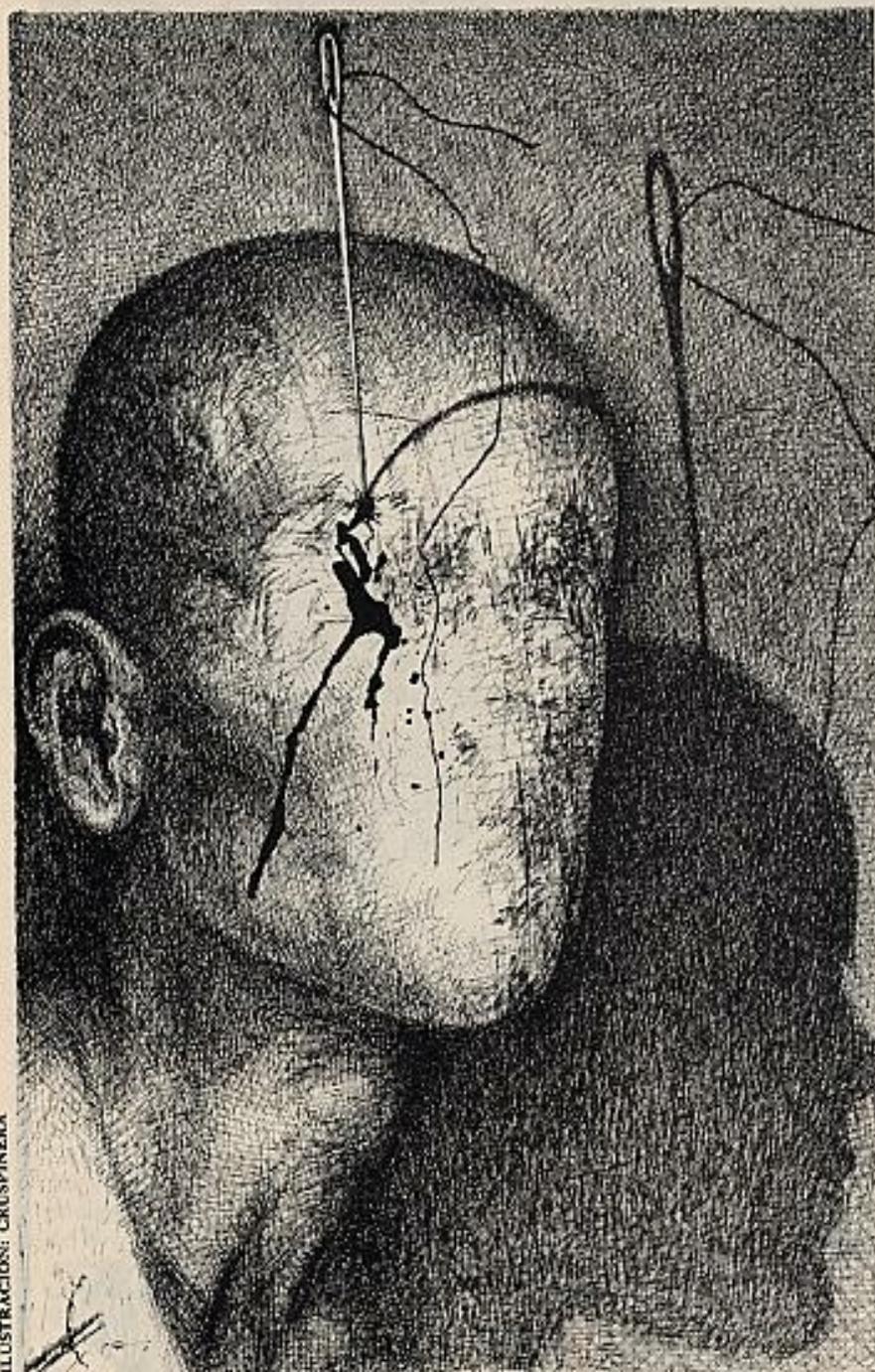


ILUSTRACIÓN: CRUSPINERA

como ahora, los intelectuales no entendimos nada.

No entendimos nada de nosotros mismos, sobre todo: de cómo estábamos situados con respecto al pueblo, y por qué.

(Por la mañana habría frotado el espejo del cuarto de baño con la punta de la toalla. Inútil. Lo que estaba opaco, borroso, sin luz, era su propio rostro. Si fuera el de un desconocido, probablemente apreciaría a este hombre triste y envejecido, de párpados y boca pequeña, como de apuro. Pero era él mismo, y sintió indignación. «Tengo que cambiar de cara», musitó. Volvió la toalla so-

bre sí mismo, frotó el rostro cansado hasta enrojecerlo, pero la sangre se le fue enseguida a su trabajo de rutina, y cuando volvió a mirarse en el espejo el rostro era otra vez gris. Y la sonrisa que esbozó, una mueca).

—Es cierto que Ortega intuyó el problema, cuando vio venir una vida «bajo el brutal imperio de las masas»: el nazismo, el comunismo soviético. Pero se adelantó. «Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone donde quiera». No era entonces cuando estaba pasando

eso: es ahora. Los *chibiris*, me parece, eran creadores.

—Profesor, me temo que sea un espejismo...

—Es probable. Como es probable que el aceite de las sardinas y los papeles grasientos prevalecieran en aquellos años sobre las lilas. Puede que esté idealizando, que es ahora una función de viejos. Pero entonces no lo era: los jóvenes idealizaban. Ya no pasa eso. ¿Idealizas tú?

—No lo sé, no lo sé...

La muchacha, en pie, acarició el cabello blanco del padre viejo. Melena de artista. Pensó un poco.

—Bueno —añadió— lo sabré cuando pase el tiempo y mida lo que ha pasado realmente con lo que imagino ahora que va a pasar.

—Pero ¿qué imaginas ahora?

Ella no pudo encontrar respuesta suficiente.

—Quizá no sea capaz de imaginar el futuro. El otro día leí una pintada muy interesante en la calle de San Bernardo: «No hay futuro». Es un sofisma, profesor, como tú sabes muy bien: de lo único que estamos seguros es de que hay futuro, porque viene inexorablemente. Pero desde luego, es un futuro sin *chibiris*, y me temo que tú imaginas el pasado. Probablemente lo que está sucediendo ahora en España es una lucha entre dos pasados.

—O entre muchos pasados. Fíjate que afloran ahora conflictos que se generaron en tiempos de los Reyes Católicos. Se diría que España no ha ido resolviendo sus problemas a lo largo de los siglos, sino que los ha ido reprimiendo, conteniendo.

—Y ¿en otros países?

—Puede que también. En Gran Bretaña tienen todavía problemas de la época de Cromwell, como el de la guerra del Ulster. Pero la mayoría de la sociedad ha resuelto los problemas de uso. Los problemas humanos, los problemas de relaciones...

—¿También vas a idealizar el presente?

Ha habido un largo silencio. Los que continúan a todas las conversaciones sin solución posible. A todas las conversaciones. Luego, el profesor:

—¿Querías que diéramos un paseo por la Casa de Campo? Después de todo, es Primero de mayo... Y, por favor, me gustaría que buscaras una cintita roja, poco visible, para ponérmela en el ojal. Y avisa al mecánico que saque el coche del garaje...

El viejo *chibiri* se levanta solo. Vuelve a la Casa de Campo: esta vez los zapatos no le herirán al subir la cuesta de San Vicente. Se encargará de subirla el Citroën. Al pasar frente al viejo espejo con marco de bronce se mira, con su hilillo rojo en el ojal. Y le parece que el rostro está menos gris, menos cansado. ■